



ACCIDENTES

**«A las personas que consideran los accidentes como
insultos personales no les ocurren accidentes»**

El Padrino, Mario Puzo

Año 0 | Núm. 2
LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación
EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección
DISFRUTA PRODUCCIONES

Consejo de redacción
**CARLOS SAN JORGE
PATRICIA SÁNCHEZ
CARLOS VICENTE**

Maquetación / Diseño
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto
LaViscera@edulogic-producciones.com
www.edulogic.es



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.

- 05 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (III)
- 07 Patricia Sánchez
EL HOMBRECILLO GRIS
- 11 MICRORRELATOS: Miguel Ángel Pegarz
LA ÚLTIMA BRONCA
- 13 Carlos San Jorge
ACCIDENTADAS BALDOSAS AMARILLAS
- 15 Jara Aizpurua / Andrés Níguez
SIN TÍTULO-3
- 17 Patricia Sánchez
DECÁLOGO
- 19 VÍSCERAS INVITADAS: Israel Elejalde
SOBRE LA PALABRA ACCIDENTE
- 21 VÍSCERAS INVITADAS: Íñigo Domínguez
CUANDO PARECE UN ACCIDENTE
- 23 Nacho G. Ríos (Selección)
Pedro Vez (Ilustración)
HAIKU FINAL

La sangre, la suave y grumosa sangre. El alma, la errática y desafiante alma. Los dientes, los amarillos y nicotínicos dientes. La ceguera, la clara y simple ceguera. Las uñas, las descarnadas y amarfiladas uñas. Incluso la vida, la puta y jodida vida. Todo avanza hacia lo mismo. Bueno, todo no. Todo menos la muerte, que siempre acierta y nunca desfallece. ¿Cómo va a desfallecer, si sale en el espejo de lo que creemos ver y nunca vemos? Ese es el problema, que nadie ve lo que ella mira. Que nadie quiere lo que ella adora. Que nadie sabe lo que ella sufre. Que todo, la sangre, el alma, los dientes, la ceguera, las uñas o la vida...

...todo, menos ella misma, es un accidente.

CARLOS VICENTE

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (III)

¿Qué pasaría si las cosas en un clásico dramático cambiaran y los personajes se vieran obligados a improvisar sin la ayuda del autor? ¿Qué pasaría si apareciera Godot? Sé que nunca la escribiré, pero me gustaría experimentar con esa premisa y con algo que siempre he querido hacer: que al comienzo de una obra se abra el telón y caiga alguien y se «espanzurre» en escena, a la vista de todos. En definitiva, una obra de teatro que nunca escribiré sobre la llegada de Godot, el personaje al que nadie espera, algo que, y esto es lo más importante, ninguno de los presentes había planeado porque no querían que llegase.

Una obra de teatro que se titularía ¿Y este era Godot? y que empezaría así:



En la cuneta de un camino, mitad estercolero, mitad chatarrería. Se abre el telón y hay varias lavadoras desvencijadas y oxidadas. Vladimir está sentado sobre una lavadora. Estragón está en cuclillas canturreando. Justo cuando termina de abrirse el telón, se precipita una persona gritando desde lo alto. Caee justo detrás de una de las lavadoras. Luego, silencio. Habla Vladimir.

Vladimir: ¿No vas a mirar quién es?

Estragón: No

Vladimir: ¿Por qué?

Estragón: Porque el tiempo pasa lentamente y porque me gustan las sorpresas y la característica fundamental de una sorpresa es que no me la tengo que esperar. Por eso no voy para dejar que pase el tiempo y me olvide de que tengo que ir a ver quién es. Así cuando lo vea, me llevaré una sorpresa.

Vladimir: Pero, entonces no será una sorpresa porque has preparado tu propia sorpresa.

Estragón: Sí, y aún así me haré la ilusión. Créeme, lo he hecho otras veces.

Vladimir: ¿Y ha funcionado?

Estragón: No.

Vladimir: ¿Entonces?

Estragón: Espero que alguna vez funcione.

Vladimir: Menuda esperanza.

Estragón: Mejor que no tener ninguna. Mírate tú.

Vladimir: ¿Qué insinúas?

Estragón: Pues que hace tiempo que perdiste cualquier esperanza. Incluso de que llegue Godot.

Vladimir: En eso te equivocas. Lo que pasa es que mis esperanzas no son a largo plazo. Cada día me levanto con una. Por ejemplo: ¿te has preguntado si esa persona que ha caído por casualidad justo detrás de esa lavadora fuera Godot?

Estragón: ¡Venga ya! Las personas no llegan volando por el aire.

Vladimir: Esa persona, sí.

Estragón: Esa persona sí, pero no por eso tiene que ser Godot. Esas cosas no pasan.

Vladimir: Sí que pasan. Lo que ocurre es que no nos damos cuenta porque lo medimos todo en términos lógicos, pero sí que pasan.

Estragón: ¿Quieres decir que esa persona que ha caído es un error de medida?

Vladimir: Podría ser.

Estragón: Ah, no, me niego a... Pero bueno, querías engañarme. Lo mejor es que se lo preguntemos y así te demuestro que no me has engañado.

Se levanta y va hacia donde ha caído la persona.

Estragón: Eh, oiga. Usted. Eh, caballero... No dice nada.

Vladimir: Es posible que esté muerto. Estas cosas pasan.

Estragón: ¿Y si es Godot? Ya sería mala suerte...

Vladimir: Casualidades...

Estragón: Eh, oiga. Usted. Eh, caballero. ¡Se mueve! ¡Está vivo!

Vladimir: Casualidades.

Aparece de detrás de la lavadora un personaje con perilla y vestido con un calzoncillo de cuerpo entero y un bombín.

Estragón: ¿Cómo se llama?

Vladimir: ¡Qué maleducado! Este hombre cae del cielo, se estampa contra el suelo y tú le preguntas cómo se llama. Pregúntale cómo está, por lo menos.

Estragón: Bien, está bien. ¿No lo ves?

Vladimir: Una cosa es cómo lo ves tú y otra muy distinta es cómo está él.

Estragón: ¿Está usted bien?

Vladimir: Pues claro que está bien, ¿no lo ves? ¿Cómo se llama caballero?

Estragón: Pero...

Vladimir: ¿Cómo se llama?

Godot: Godot, me llamo Godot.

Estragón: Acabáramos... ¿Y este era Godot?

Vladimir: ¿Seguro? ¿Está usted completamente seguro de que es Godot?

Godot: Pues claro que estoy seguro. ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Les han lavado el cerebro?

Y todo sería así hasta que se cerrara el telón, una obra de teatro llena de preguntas, algunas absurdas y otras no tanto, y ninguna respuesta. En realidad, nada tiene una respuesta y menos los errores de medida.

PATRICIA SÁNCHEZ

EL HOMBRECILLO GRIS



La apartaron de forma brusca, como si fuera una curiosa más, ávida por saciar su morbosidad con la visión del cuerpo... si es que podía llamarse así a lo que había quedado de aquel desgraciado, trozos sueltos, esparcidos aquí y allá, como piezas de un puzle que difícilmente podrían volver a formar un todo que no resultara igual de repulsivo y más impresionable, incluso, por la similitud con lo que había sido hasta hacía apenas unos minutos.

Si no le hubiera visto instantes antes del accidente, no hubiera sido capaz de reconocerlo a pesar de los muchos trayectos que habían compartido. Trayectos en los que nunca intercambiaron ni una palabra, pero que le habían permitido crearse una composición de su, ahora cercenada, existencia a fuerza de observarle con disimulado interés durante años.

Es curioso, pero estaba segura de que, si le hubieran preguntado a los habituales de la línea que cubría las paradas de Ascao a Peñagrande, apenas unos pocos habrían recordado a ese hombre gris y anodino, siempre con un cuaderno y un bolígrafo en las manos. Duda que alguno fuera capaz de afirmar que, a veces, además del cuaderno llevaba un libro para disimular, para no incomodar, pero que apenas abría y, dado el caso, pasaba sus páginas sin mirarlas siquiera... que prefería observar, preguntarse e imaginarse hacia dónde se dirigía el caballero del paraguas o para quién se maquillaba la señora del jersey rojo.

En ese mundo subterráneo en el que la mayoría se mueve con prisas y objetivos definidos por un cartel indicador de salida, sólo alguien que siguiera esos mismos patrones podía haberse percatado de determinados comportamientos, y, al verle, día tras día, ella fue consciente enseguida de que no era la única que usaba el metro y sus ocupantes como musas. Pero no le preocupó, vivía aún con la esperanza de escribir algo decente y con el atrevimiento de una juventud que a ese hombrecillo gris le habían robado hace tiempo. Y disfrutaba, sin duda más que él, con esas mañanas bajo tierra que le proporcionarían lo que iba a convertirse, en algún momento, en su mejor novela.

Ambos evitaban las horas punta, repletas de bostezos y pocas ganas, aunque a veces ella tenía que claudicar a la banalidad de la muchedumbre para entregar un artículo cuanto antes y poder así pagar la factura de la luz. Pero, cuando la situación económica se lo permitía, prefería, como el hombrecillo gris, los trayectos menos frecuentados, las horas menos comunes, protagonizadas

muchas veces por viajeros ocasionales, que no se sabían la línea de memoria ni eran capaces de dormir hasta su estación y despertarse segundos antes de que el vagón abriera sus puertas.

Nunca le vio bajarse en una parada diferente a la marcada, ni pasar más o menos horas llevando a cabo su labor de topo que las habituales; dos trayectos completos de ida y de vuelta, con los cambios de sentido siempre en las dos mismas estaciones, incluso ocupando el mismo vagón y el mismo asiento si la afluencia de viajeros lo permitía. Siempre igual, cada día, sin variaciones, costumbres en gris para el hombrecillo gris, ese que escribía en su cuaderno gris y parecía no sufrir de esos imprevistos que, en algún momento, invadían a todos los mortales y hacían que la vida tuviera alteraciones cromáticas de mayor o menor intensidad.

Siempre igual, cada día, sin variaciones.

Hasta aquel jueves.

Quizá había pasado una mala noche, quizá sus vecinos habían discutido a voces y le habían arrebatado alguna que otra hora de sueño o el despiste venía provocado por alguna afección que se iba agravando por los años. «¿habría alguna mujercilla gris que ocupara sus pensamientos, quizás...?». Tenía capacidad para inventarle mil motivos al hecho de que el hombrecillo gris ese día, por primera vez en años, estuviera a punto de saltarse la parada y saliera, sobresaltado, y de forma precipitada, dejando su cuaderno sobre el asiento.

Sin duda, ella no esperaba que este giro, de tonos ocre y satinados, alterara los grises acontecimientos de su día a día.

Apenas fueron unos segundos de duda. Miró a su alrededor para confirmar lo que ya sabía, que los pocos que ocupaban el mismo vagón no se habían percatado de lo que para ella era, a todas luces, un acontecimiento, no por fortuito menos emocionante. Así que, tratando de aparentar indiferencia, cambió de asiento y cogió el gris cuaderno del hombre gris. Tras mover todas sus hojas en un primer reconocimiento del material, como un ave de rapiña analizando el terreno, comprobó que más de dos tercios de las mismas estaban escritas, con una letra que quizá no fuera la más bonita del mundo, pero sí que era perfectamente legible. Sonrió casi traviesa.

Ya puestos a invadir la intimidad creativa de otro, al menos que fuera en más que un par de páginas.

Y leyó. Y se leyó.

Y el ocre del descubrimiento dio paso a un púrpura matizado por la sorpresa de saberse protagonista y a un naranja con trazos amarillos cuando fue consciente de que ella nunca, nunca, sería capaz de alcanzar siquiera la mitad de la calidad que guardaban esas hojas, de remover con apenas dos frases... Y apareció el bermellón de la rabia y la envidia justo en el momento en el que el conductor le avisaba de que estaban en la última parada.

Leyó. Y se leyó.

Durante horas, sentada en el suelo de la estación, sin hacer caso ninguno de todos los que bajaban o subían las escaleras mecánicas a sus espaldas, para protagonizar, sin saberlo, historias inventadas por alguna otra joven estúpida como ella que se creyera capaz de comerse el mundo con la composición de unas cuantas frases hinchadas, pero vacías.

A partir de entonces se centró únicamente en observarle a él, esperaba notarle nervioso o angustiado por la pérdida de su cuaderno gris, pero ya tenía otro en las manos, igual de gris que el extraviado, y ya escribía igual que el día anterior, y el anterior, y el anterior... Ni una vez le pilló mirándola de reojo o en cualquier otro renuncio que denotara que seguía donde su pérdida había parado bruscamente la historia, o que hubiera dejado ser su objetivo y se hubiera centrado en dar una vida diferente e imaginaria a cualquier otro habitante de ese universo que era el vagón. El hombrecillo gris continuaba con su gris labor, que desempeñaba sin dejar vislumbrar en ningún momento la pasión que ahora ella ya sabía que invadía las hojas que rellenaba con supuesta indiferencia, con «funcional» rutina. Como si todo siguiera igual.

Pero nada era igual. Ya no había grises para ella, pero tampoco ocre, púrpuras o anaranjados destellos, ni siquiera bermellones. Se fueron diluyendo todos en los meses posteriores. Ahora sólo había un verde apagado, sin pretensiones, de esos que se usan en los trajes de camuflaje, un verde aletargado, un verde de línea costumbrista conformado por horas y horas de observar al hombrecillo gris sin obtener respuestas.

Ya no escribía en el móvil como lo había hecho hasta aquel día multicolor. Ahora ella también llevaba un cuaderno, de tapas grises, de interior monocromático, sin vida más allá de las meras anotaciones en las que lo único que podían leerse eran las horas, siempre las mismas, de entrada y salida, las variaciones en la postura, los apenas perceptibles gestos grises del hombrecillo gris. Ya no había espacio para nada más. Ya no disfrutaba con esos pequeños descubrimientos que antes le hacían conformar historias, como el pequeño que subía por primera vez en metro de la mano de su padre, o la quinceañera que, nerviosa por hacer pellas, se abrazaba a su carpeta mientras jugaba con un pequeño papel lleno de dobleces. Todo había perdido importancia y ya no llamaba su atención el que tenía que coger el metro porque se le estropeó el coche ni el joven que, habiendo sitios libres, se sentaba en el suelo, como acto de rebeldía y distinción. Ya no inventaba finales felices, encuentros inolvidables o destinos dramáticos. Sólo esperaba, día tras día, que una mala noche hiciera que el hombre gris perdiera de nuevo su cuaderno gris y así pudiera saber cómo continuaba su historia, su vida, aparcada desde entonces.

Han desalojado la estación. Entre los sollozos de quienes estaban en primera línea y las preguntas y enfados de los que no saben qué ha sucedido sale al exterior. Le sorprende un sol especialmente atrevido para esa hora del día y rebusca las gafas en el bolso. Aprovecha y saca también un pañuelo con el que limpia la gris superficie del cuaderno que lleva apretando contra su pecho hace exactamente treinta y siete minutos, cuando ha sucedido todo. Se percata, con cierta molestia, de que algunas gotas de sangre y polvo han manchado su camisa. Ahora tendrá que ir a cambiarse, tiempo más que suficiente, piensa, para que abran de nuevo la estación. Tiene claro el asiento que va a ocupar, espera que esté vacío. Ignora al joven que la observa con cierta distancia, preguntándose cómo nadie más se ha dado cuenta de que esa mujer, en apariencia gris y anodina, no tuvo la más mínima duda y se lanzó a la vía para ver si podía hacer algo... Lástima que lo único que pudiera rescatar fuera el cuaderno que la víctima llevaba en las manos.



LA ÚLTIMA BRONCA

«Y no intentes escabullirte, que no te va a servir de nada». Eso me gritaba mi madre cada vez que armaba alguna. Pero esa vez sí me sirvió. No me ha vuelto a reñir, ni siquiera cuando rompí ese jarrón suyo tan caro, su favorito. Ni me habla. Sólo llora a todas horas y dice que fue culpa suya. Yo no paro de repetirle que no, pero no me escucha. Pero es la verdad, fui yo. Me había avisado cien veces de que no saliera al balcón, que la barandilla estaba suelta.



ACCIDENTADAS BALDOSAS AMARILLAS

CARLOS SAN JORGE



DOROTHY - Totó, creo que esto no es Kansas

«El mago de Oz», que es considerada «Memoria del Mundo» por la UNESCO, junto a los documentales de los hermanos Lumière, Metrópolis, de Fritz Lang, o Los olvidados, de Luis Buñuel, encabeza también la lista de largometrajes con los rodajes más accidentados de la historia del cine.

Fueron cinco meses de jornadas infernales que, en la mayoría de las ocasiones, comenzaban a las tres o cuatro de mañana y concluían a las nueve o diez de la noche y se llevaban a cabo en estudios parcialmente cerrados en los que, gracias a la iluminación necesaria para el novedoso «technicolor», se alcanzaban temperaturas que rozaban los cuarenta grados. Si a semejantes condiciones le sumamos que muchos de sus personajes, incluidos algunos de los principales, como el Hombre de Hojalata, la Bruja del Oeste o el León, tenían prohibido quitarse el vestuario o el maquillaje hasta que terminara el día, no es de extrañar que, prácticamente, todo el equipo estuviera deseando terminar de una vez la dichosa película.

Muy pocos salieron indemnes de un rodaje en el que todos tendrían mil historias que contar, pero de las que referiremos sólo algunas, por eso de tener un espacio limitado y una maquetadora que nos mira con recelo. Invito al lector al que le haya despertado la curiosidad a profundizar más en el tema. No dejará de sorprenderse, se lo seguro.

Pero empezamos a personalizar, y qué mejor que hacerlo por la protagonista. El primer nombre que se barajó para dar vida a Dorothy Gale fue el de Shirley Temple. Pero la MGM no pudo conseguir a la actriz, que, por aquel entonces, estaba en la nómina de la FOX y la METRO, y optó por Judy Garland, que reunía todas las características que buscaban. Cuando Garland comenzó el rodaje con el primero de los cinco directores (sí, cinco) que tuvo la película, Richard Thorpe, se encontró con que éste quería darle al personaje un aspecto de muñeca, decisión que venía acompañada de una estrambótica peluca rubia y un maquillaje llevado al extremo. Estas características del personaje se eliminaron con los directores sucesivos, que optaron por priorizar la naturalidad de una Garland sin más maquillaje que el necesario, por aquello de los focos, y sin peluca. Eso sí, de lo que no se libró fue de llevar un apretadísimo corsé para disimular las curvas propias de sus dieciséis años, con el fin de darle una apariencia más infantil.

Buddy Ebsen, joven actor de musicales que ya había trabajado con Judy Garland, fue seleccionado para el papel del Espantapájaros, pero, finalmente, y antes de comenzar a rodar, intercambió su papel con Ray Bolger, convirtiéndose en el Hombre de Hojalata. Mal cambio para Ebsen, que, al poco de comenzar el rodaje, tuvo que ser ingresado en un hospital por extraños mareos, calambres y dificultades para respirar. El diagnóstico fue claro: se había intoxicado con todo el aluminio que se mezclaba con el maquillaje para conseguir el aspecto plateado de hombre de hojalata y el único tratamiento posible para su total recuperación era dejar drásticamente la película. Esta calamitosa circunstancia abrió las puertas del Mundo de Oz a Jack Haley, que, aunque utilizó un maquillaje nuevo en el que el polvo de aluminio fue sustituido, perdió varios días de rodaje por una extraña infección ocular debida al mismo y se vio obligado a ingerir líquidos cada poco tiempo a través de una pajita para evitar la deshidratación.

El vestuario que llevaba Jack era tan rígido que la única manera de poder descansar entre toma y toma era dejarse caer sobre una pared. Claro que, si de vestuario y deshidratación hablamos, nadie sabía mejor de eso que Berth Lahr, que para dar vida al León se enfundaba cada día un traje de auténtica piel de animal que pesaba aproximadamente cuarenta kilos y que debían dejar secar entre jornada y jornada porque acababa empapado.

Pero, sin duda alguna, quien ocupa el primer puesto en el podio del sufrimiento debido a su caracterización es Margaret Hamilton, la inolvidable Elphaba, la bruja mala del Oeste, cuya piel verde le quitó el sueño a más de un niño... y a más de un productor.

El maquillaje verdoso que se utilizaba para caracterizar a Margaret estaba compuesto en su mayoría de una crema plástica, responsable principal del desastroso accidente que la marcaría desde entonces. Hagan ustedes memoria... recuerden la mítica escena en la que, después de una explosión de humo naranja y una bola de fuego, Elphaba desaparece «por arte de magia» del pueblo de los Munchkin. Los encargados de los efectos especiales de la película (que recuerden que se rodó a finales de los años treinta) idearon una trampa en el suelo para que Margaret cayera a otro nivel del set de rodaje mientras una pequeña denotación liberaba el humo y el fuego que disimularían el truco, consiguiendo así el efecto mágico de su desaparición. Todo estaba calculado, pero no tuvieron en cuenta la composición plástica del maquillaje de Hamilton, que, pasó tan cerca de la pirotecnia que el calor producido por la misma reaccionó con el maquillaje provocándole considerables quemaduras de segundo y tercer grado en manos y cara, quemaduras que la apartaron del rodaje unas cuantas semanas. Cuentan, incluso, que fue tremendamente complicado y doloroso quitarle la pintura verde de las zonas afectadas para su total recuperación. Hamilton, que en el momento del rodaje era madre soltera y había negociado, por ello, rodar solamente seis semanas para poder compaginar el trabajo con la maternidad, terminó trabajando veintitrés con el mismo contrato y, una vez terminado el rodaje, continuó durante varias semanas con un tono verdoso en la piel, pues la pintura empleada era tan potente que no desapareció a las primeras de cambio.

Incendios, suicidios, accidentes... La presión de la Metro por hacer una película que destronara a la más taquillera del momento (la «Blancanieves» de la Disney) era tal, que llevó al extremo a todos los departamentos que trabajaron en «El mago de Oz», que, como decíamos al comienzo de este artículo, se convirtió en «Memoria del Mundo», pero que también fue poseedora de un sinfín de leyendas negras.

«El mago de Oz» fue, en un primer momento, un auténtico desastre en taquilla, pero consiguió seis nominaciones a los Oscar y se hizo con las estatuillas a la mejor banda sonora y mejor canción, con la Palma de Oro en el Festival de Cannes a la mejor película y, lo que es lo más importante, con el aplauso de un público que se rindió a los zapatos de rubies, chocó los tacones tres veces y dijo eso de:

«Se está mejor en casa que en ningún sitio».

SIN TÍTULO-3

TEXTO: JARA AIZPURUA

FOTOGRAFÍA: ANDRÉS NÍGUEZ

Me venden.

Soy sólo piel.

No importan mis sentimientos, mucho menos mis pensamientos. Soy una cifra, dinero sucio que muchos quieren pagar. Me utilizan para luego dejarme tirada sin importarles nada más. Soy un accidente en un mundo en el que preferiría no haber nacido.

Me han robado el alma, los recuerdos y la vida. Ahora sólo veo hombres aprovechándose de mi cuerpo mientras me dejo hacer. Ya no siento. Al principio me resistía, pero lo único que conseguía eran palizas que me destrozaban. Uno me agarraba, el otro abusaba. Era mucho peor. Ahora no es mejor, nunca podrá serlo, pero al menos nadie me pega si no es porque les excita y, créanme, son los menos.

No soy la que era, ya les he dicho que me han robado la vida. La identidad. Mi nombre no es el que aparece en mi partida de nacimiento, me miro en el espejo y no soy yo. He cambiado. Cada día me encargo de que eso sea más evidente con maquillaje y ropa que la de verdad nunca se pondría. No quiero que nadie me reconozca. No quiero que sepan quién está dentro del cuerpo. Soy sólo eso. Un cuerpo que manejar. Una muñeca con la que pueden jugar.

Me venden. Me siento como si fuera un maniquí de un escaparate al que miran para ver si compran el modelito de la nueva temporada. Pero yo estoy desnuda, en rebajas. Lo que nadie sabe es que yo estoy pasada de moda, que ni si quiera estoy ahí, que esa que ven es un ente que camina por inercia, una «actriz» interpretando un papel que no le corresponde. La primera vez no fue la más difícil, no. Puede parecer que estoy diciendo una atrocidad, pero esa vez no eres consciente de lo que va a pasar. Fue horrible, me violaron. No voy a entrar en detalles, tranquilos. Pero la segunda y las siguientes ya sabes lo que va a pasar y el miedo se multiplica y lloras y gritas e intentas escapar. Rezas a ese dios en el que no crees para que te salve, es tu última esperanza. Gastas tus fuerzas intentando hablar con los que llegan a utilizarte, quizás hay alguno que se apiade de ti. Sueñas con que un día la policía echará la puerta abajo y salvarán tu nombre, pero como decía Segismundo en La vida es sueño, «...los sueños, sueños son».

Una vez intenté quitarme la vida cortándome las venas. - ¿Quién quiere seguir en este infierno?-, pero me encontró una compañera y me salvó. Salvar debería ser un acto bonito... Sin embargo, para mí se convirtió en todo lo contrario.

Ahora cómo te digo que no te preocupes por mí, que estoy en una cárcel sin haber cometido ningún crimen, sin haber robado, sin haber realizado ningún acto vandálico. Cómo te digo que sigas tu vida sabiendo lo que sabes, sabiendo que está aquí escrito y ya no se puede borrar. Cómo te lo digo...

Fácil.

Pasa la página.



1.m. Conjunto de los diez mandamientos de la ley de Dios.

2.m. Conjunto de normas o consejos que, aunque no sean diez, son básicos para el desarrollo de cualquier actividad.

3.m. RECOPILACIÓN DE REFERENCIAS TEATRALES QUE, DESDE LA VISCERA MAGAZINE SE LLEVA A CABO SOBRE EL TEMA ELEGIDO PARA CADA NÚMERO EN CUESTIÓN Y QUE CONTIENE FRAGMENTOS DE LAS OBRAS REFERENCIADAS Y UNA PEQUEÑA RESEÑA PERSONAL DEL VISCERAL ENCARGADO DE LLEVARLA A CABO EN CADA MOMENTO.

1 La función que sale mal

Bienvenidos a... ¡Asesinato en la Mansión Haversham!

Autor: Henry Lewis, Jonathan Sayer y Henry Shields
Estreno: Teatro Old Red Lion de Londres, 2012
Género: Comedia

Si ya lo decía el sr. Murphy, «*si algo malo puede pasar, pasará*» y a esta desastrosa compañía de teatro le van a pasar muchas cosas...

2 El mercader de Venecia

El contrato te otorga una libra de su carne, pero ni una gota de su sangre

Autor: William Shakespeare
Estreno: The Globe, Londres, 1605
Género: Comedia

Que a tu amigo se le hunda uno de los barcos con los que te avala es un accidente, que se le hundan todos, es una tragedia, y más cuando toda la carne está puesta en el asador.

3 La gata sobre el tejado de zinc caliente

El fuego no se apaga con dejar de mirarlo

Autor: Tennessee Williams
Estreno: Morosco Theatre, Broadway, 1955
Género: Drama

Si bebes demasiado puedes tener un accidente, y romperte un tobillo, y tener que usar muletas, y que estas se conviertan en el objeto simbólico que describa a la perfección el atormentado momento vital en el que te encuentras...

4 El curioso incidente del perro a medianoche

Las matemáticas no son como la vida, porque al final en la vida no hay respuestas sencillas

Autor: Simon Stephens, sobre la novela de Mark Haddon
Estreno: Royal National Theatre, Londres, 2012
Género: Drama

Cuando el perro de tu vecino ha muerto porque alguien le ha clavado un tenedor, sin duda, no se puede decir que haya sido un accidente. Eso lo sabes, aunque tengas autismo.

5 Morir

¿Cómo... cómo puedes jugar así con la vida y la muerte, por favor?

Autor: Sergi Belbel
Estreno: Teatro Romea, Barcelona, 1998
Género: Drama

Atragantarte al comer, no llegar al mando de aviso a la enfermera, que te atropelle un coche de policía... Algunos accidentes pueden ser mortales, o no.

6 Hedda Gabler

Por una sola vez en mi vida quiero tener poder sobre un destino humano

Autor: Henrik Ibsen
Estreno: Munich, Alemania, 1891
Género: Drama

Las armas las carga el diablo, y las disparan los hombres, a veces, y sólo a veces, por accidente.

7 Usted puede ser un asesino

Un hombre es como un cocinero del Palace: tiene que probarlo todo

Autor: Alfonso Paso
Estreno: Teatro de la Comedia, Madrid, 1958
Género: Comedia

Nadie vierte una buena cantidad de cicuta en un vaso de leche de forma accidental...

8 La avería

Si te quedas tirado en mitad de la nada y sin una cama libre, ya me dirá si no se está en apuros

Autor: adaptación al teatro de Fernando San Segundo de un cuento de Friedrich Dürrenmatt
Estreno: Palacio de Festivales, Santander, 2010
Género: Drama

El trabajo de comercial es sacrificado y no está hecho para todo el mundo. A veces, incluso se convierte en una profesión de riesgo.

9 Si no te hubiese conocido

¿Y si con quién quiero seguir bailando es contigo?

Autor: Sergi Belbel
Estreno: Teatro Valle Inclán, Madrid, 2018
Género: Comedia romántica

Un accidente de tráfico desencadena, en palabras del propio autor, una fantasía romántica cuántica en once escenas y un epílogo.

10 Naufragios de Alvar Núñez

Al regresar siempre tenías hambre y sólo pensabas en comer. Cualquier cosa, a cualquier hora. Sólo comer

Autor: José Sánchez Sinisterra
Estreno: María Guerrero, Madrid, 2020
Género: Drama

«En los años veinte del siglo dieciséis, con más testosterona que neuronas, zarparon de Sanlúcar de Barrameda cuatrocientos españoles que huían de la hambruna. Sólo a cuatro no se tragó el mar. Cuatro que regresaron maltrechos, pero con vida.» (Magüi Mira, dirección)

A pesar de que mi trabajo está relacionado con las palabras y dedico una gran parte de mi vida a analizarlas, no deja de sorprenderme la capacidad de estas para transformarse y adaptarse a la realidad tomando nuevas formas y asumiendo nuevas resonancias. La palabra es la primera metáfora que aprendemos en nuestra infancia. Rápidamente nuestra mente empieza a relacionar unos signos, que llamamos letras, que combinándose de formas alternas sugieren relaciones en nuestra imaginación con objetos reales. Este mecanismo complejo se desarrolla de forma inconsciente. Poco a poco, y a través de la educación que recibimos, empezamos a vislumbrar el funcionamiento del mecanismo (se hace consciente) y descubrimos que ese juego con las palabras es infinito. No sólo nos sirve para representar algo físico sino que, además, podemos llegar a sugerir cosas más abstractas a través del sonido o de la forma de esos signos, cosas más profundas y difíciles de aprehender como por ejemplo las emociones. Y que incluso esas asociaciones más crípticas son las que nos acercan a la verdad de la vida, siempre compleja y difusa, mucho más que las que buscan una relación directa y física con la realidad. La realidad es aparentemente diáfana pero desesperadamente inaprensible en el fondo.

Decía Nietzsche que «sólo hay palabras para lo que ya ha pasado», haciendo hincapié en la insufrible incapacidad para nombrar lo verdaderamente importante de lo que sucede en el presente. Nunca he estado de acuerdo con esa afirmación. Reconozco el fracaso del lenguaje para encontrar el sosiego en medio de la tormenta, pero al mismo tiempo creo que esa pelea ardua por nombrar, por acercarse al concepto y controlar la emoción para encauzar la vida, es la que nos hace mantenernos erguidos aún y no bajar nuestros brazos al suelo para desplazarnos a cuatro patas de nuevo.

En medio de esta pandemia, en medio de este silencio perturbador, de este retiro impuesto para salvaguardar nuestra salud, el lenguaje se me ha hecho aún más necesario para escapar de nuestro destino obligado que es la muerte, pero que debemos postergar para cumplir un mandato superior: vivir alejando la incertidumbre, siempre presente, pero necesariamente desterrable para ser felices. Vivir, aceptando que la vida es un «accidente» continuo, pero que nuestra labor es pelear para crear lazos y caminos que parezcan estables y firmes. Necesitamos esa ficción para escapar, pero sobre todo para entender que a pesar de que la bajada de telón es siempre la misma, el verdadero fracaso es no crear esos lugares que nos salvaguardan de la cruda realidad. Y para ello necesitamos las palabras. El lenguaje es un gran trampantojo necesario para no volver al estado de naturaleza que nos resultaría invivible como animales incapaces de renunciar a la consciencia.

SOBRE LA PALABRA ACCIDENTE

ISRAEL ELEJALDE



Para mí, detrás de la palabra accidente hay muchas cosas más allá de su simple significado. No veo coches colisionando, no veo personas alteradas ante una situación imprevista, o una irregularidad del terreno, o una pasión o movimiento del ánimo, o una forma de alterar la cualidad del sonido, sino una oportunidad de jugar, de crear belleza, de construir una ficción que nos permita reconocer por qué estamos en el mundo y sobre todo por qué merece la pena pertenecer a él. Las palabras a diferencia de la vida son infinitas y son la única manera de salvarnos.

Así que repito en voz alta, suavemente, la palabra accidente: Ac-ci-den-te. A la manera de Nabokov en Lolita. La repito como un mantra y me dejo llevar por ella. No tanto por su significado (más bien sus significados, amplios y distintos), sino por su sonido, por su tacto producido por el roce de mi lengua entre mis dientes y el movimiento sutil de mis labios para pronunciarla, por su capacidad para construir imágenes en mi mente. Y mientras lo hago, se acerca el recuerdo de Sófocles en Antígona, que decía que el hombre es el mayor prodigio de la naturaleza. Y el de Roth diciendo que el arte, a diferencia de la política, busca y rebusca en lo particular, en la anécdota, en lo escondido y huye de lo evidente y de la estadística. Y el pensamiento de Jung que creía que existe un inconsciente colectivo que nos pertenece a todos. Una comunidad. Aparece también la imagen de mi padre invitándome a cuidar mi oratoria porque, según él, es un reflejo de la manera de pensar. Y de pronto, casi sin darme cuenta, surge detrás de accidente otra palabra que poco a poco se va haciendo más y más presente hasta que salta de mi imaginación a mi boca y la pronuncio: Es-pe-ran-za. Y respiro. Y siento que a veces el lenguaje triunfa, o quizás ese triunfo radica simplemente en la aceptación del fracaso y en la no resignación. En seguir intentándolo como Sísifo. Y me viene otra frase de alguien que no recuerdo que decía que no importa las veces que te caigas, sólo cuentan las veces que no te levantas. Y a pesar de que la frase tiene un olor a western un poco ridículo que me hace sonreír... decido creer en ella. Y vuelvo a respirar.

Lo siento, Nietzsche, no estoy de acuerdo contigo, aunque lleves razón.



Por su carácter de organización secreta, que actúa en el submundo donde se mueven mecanismos que escapan a la comprensión del resto de los mortales. De hecho, su mejor arma durante más de un siglo ha sido la de pretender que la mafia en realidad no existe y es una leyenda, una exageración o un invento policial.

Siempre han tenido talento para esta peculiar forma de propaganda. Las primeras bandas mafiosas de Estados Unidos, a finales del siglo XIX, usaban el nombre de La Mano Negra, un brazo castigador del que no se podía escapar si los tenderos no les pagaban su comisión. En Palermo, en el siglo XX, Cosa Nostra se daba una aureola mística y justiciera con una seudoleyenda medieval, los Beati Paoli, una especie de secta religiosa de encapuchados que se reunían en logias subterráneas, tenían ojos y oídos en todas partes y reestablecían el orden ante las injusticias del poder. Una muerte repentina de alguien que ha roto unas reglas y merece un castigo, si no está claro que es obra humana, que es un asesinato, puede llegar a pasar por un ajuste de cuentas de la providencia. En el fondo, llegaba a parecer que había una sintonía de intereses, incluso una comunicación, entre los mafiosos y la misma justicia divina. Porque ellos se consideran a sí mismos «hombres de honor», y hasta buenos cristianos, e incluso una mano ejecutora de lo que dios ha querido. Viven inmersos en su peculiar y personal religiosidad. Suelen tener imágenes de santos y devoción por la Madonna. El juramento del rito de iniciación en la mafia se hace pinchando un dedo para que caigan unas gotas de sangre sobre una estampita, que luego se quema.

Obviamente, cuando una muerte extraña puede parecer un accidente, la mayor parte de las veces los interesados y enterados sabían perfectamente lo que había pasado, pero era como un mensaje cifrado que sólo ellos recibían. Acompañado de una postdata implícita que era la de mantenerse calladitos ante la policía, colaborando en la ficción del accidente. Pero para el resto podía quedar la duda, sobre todo para la policía, que tenía más fácil archivarlo como desgracia fortuita.

Una de las prácticas más antiguas en Sicilia es la llamada «lupara blanca». La lupara es la escopeta corta de caza de las zonas rurales, y se decía que era blanca cuando se usaba sin hacer ruido, sin ser vista, como si fuera cosa de fantasmas. Se aplica a los casos en los que alguien simplemente desaparecía, como si se hubiera volatilizado. Nunca más se volvía a saber de él ni se encontraba su cuerpo. Este es el grado más extremo de mimetismo con la muerte azarosa: sólo se sabe que a esa persona le ha pasado algo, pero no se sabe qué. Su familia puede pensar que ha sido la mafia, o que ha hecho las maletas y se ha largado a otro país o que le ha atropellado un autobús. Ahora bien, en los pueblos de Sicilia nadie tenía dudas, sobre todo porque desaparecían cientos al cabo de los años. Acababan enterrados, arrojados a simas o, ya en los ochenta, disueltos en ácido.

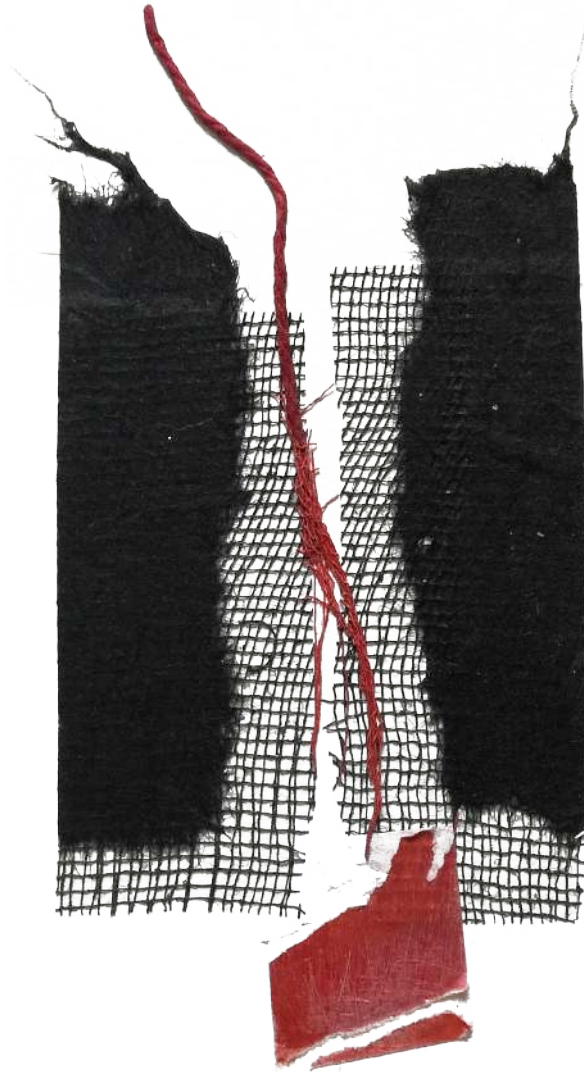
En otros casos se disfrazaba el homicidio para deshonrar a la propia víctima. Bien con el móvil, cuando se hacía circular el rumor de que era un asunto de cuernos, o bien por el modo de morir. En 1978, el periodista Peppino Impastato fue hecho saltar en pedazos con explosivo en las vías del tren, y la versión inicial durante mucho tiempo fue que murió mientras preparaba un atentado, como si fuera un peligroso terrorista de extrema izquierda. Más recientemente, el médico Attilio Manca apareció muerto en 2004, aparentemente por sobredosis. Luego se supo que probablemente había operado al capo de Cosa Nostra, Bernardo Provenzano, en una clínica de Marsella, y la sospecha es que fue eliminado ante el riesgo de que lo hubiera reconocido. La tragedia de las familias es que, a veces, pasan décadas hasta que se descubre la verdad y son considerados víctimas de la mafia. A partir de los años treinta, una última modalidad de presunto accidente, la de caer por una ventana, llegó a tener su propia frase siniestra entre los clanes de Estados Unidos. Es un accidente que solía ocurrirles a los soplones. Luego se comentaba, como si se tratara de pajaritos:

«Sabía cantar, pero no sabía volar».

Entre los muchos recursos que tiene la mafia italiana para arreglar problemas, uno de los más sofisticados y de mayor efecto, porque combina la tragedia con el terror, es el de hacer como que una muerte violenta no es cosa suya, sino del azar, natural diríamos, pero sin que quede claro del todo. En definitiva, que parezca un accidente. Ya se ha convertido en un estereotipo, lo dicen en las películas. Lo curioso es pensar por qué lo hacen, por qué ese afán de ocultamiento o de dejar la duda en el aire. La respuesta es que así da más miedo, porque es más misterioso, refuerza una idea primigenia desde la fundación de la mafia: la de la mano invisible e implacable que llega a cualquier parte, casi una fuerza fatal que se mezcla con el destino y los designios divinos.

HAIKU FINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN



釣瓶きれて
井戸を覗くや
今朝の秋

Se ha roto el cubo
quedo mirando el pozo
albor de otoño

Soseki Natsume Ushigome, 1867 - Tokyo, 1916



LA
VISCERA
magazine